

EDITORIAL

Sin caer en el determinismo materialista, debemos afirmar que el medio físico constituye un factor condicionante de la vida. Por eso, la vivienda tiene siempre una fundamental dimensión transcendente, ya que con su acertada concepción y realización influirá decisivamente durante años en la existencia de las familias que la utilicen. Si así es en una vivienda, en el urbanismo, condicionante de multitudes, el factor transcendente resulta incomparablemente más importante. Un fallo de uno hoy, supone un problema que afectará a millones mañana.

Años atrás, cuando la plástica de una fachada recubría de frisos, capiteles y cornucopias el vacío de un desierto interior o la rutina de una distribución absurda, fue indispensable el corte, seco y definitivo, del funcionalismo. Todos aprendimos sin nueva posibilidad de olvido que la vivienda es, siempre y en todo caso, "una máquina para vivir", según acertada definición de Le Corbusier. Esta sana, e históricamente imprescindible, reacción se impuso por completo, y tras su triunfo, después de habernos dejado lo mucho bueno que poseía, se verá superada, jamás ni anulada ni desmentida. Si hoy estamos más allá del funcionalismo, a él precisamente se lo debemos.

Esta concepción científico-maquínista del edificio constituyó una revelación tan lógica y evidente, que algunos, identificando propiedades heterogéneas, verdad, bondad y belleza, redujeron la obra arquitectónica a un exclusivo resultado de una función material.

El radicalismo es postura muy corriente, aún más en el arte. Cuando se descubrieron las leyes geométricas de la perspectiva cónica. Da Vinci, un genio, consideró definitivamente desvelado todo el secreto de la pintura. Erraba. Esta siguió su camino más lejos de la perspectiva cónica, de cualquier realismo e, inclusive, de las reacciones que levantó: impresionismo, fauvismo, cubismo..., movimientos todos que, pese a ser caducos, se consideraron siempre absolutos y definitivos.

Hoy, mientras la arquitectura incorpora ya a su patrimonio

histórico la enseñanza del funcionalismo, vemos cómo el urbanismo comienza a descubrirlo desde los más unifocales y exclusivos puntos de vista. La ciudad, para algunos, es puramente un elemento económico de producción y consumo; para otros, un delicado supercerebro directivo y cultural; quién la ve como complejísima red de tráfico, quién como conjunto monumental de tradición o como grupo sociológico más o menos eficientemente integrado. En nuestro mundo, atomizado espiritualmente en la especialización, cada observador intenta imponer su criterio de solución al aspecto particular que percibe, a la exclusiva faceta que vislumbra, con la energía de las mejores intenciones y la urgencia que exige toda una progresiva gravedad. Esto es, la acción en la desorganización. Los resultados no acompañan, con dolorosa frecuencia, ni al esfuerzo de voluntad ni al dispendio generoso.

Una ciudad es, ciertamente, un elemento económico, y un supercerebro, y un delicado problema de tráfico, sociológico, estético y cultural. Y más cosas. Caras distintas, pero jamás únicas, del mismo poliedro. Cuando actuamos sólo sobre alguna, sin cuidarnos de las demás, llegaremos a perjudicar las otras, y aparecerán problemas, derivados e interdependientes que invalidan la solución, correcta exclusivamente para un aspecto del verdadero y único problema: el urbanístico, integral siempre de todos los demás.

Una solución sólo podrá conseguirse con el trabajo y aportación de todos. Sólo cuando esta armonía de equipo, catalizada por el urbanista, existe, se alcanza la solución válida y completa. Pero si tal conjunción de esfuerzos no existe, si alguno pretende, con involuntaria equivocación, su problema como excluyente y principal, caeremos irremediabilmente en uno de tantos tristes errores, mal disculpados como funcionales, y cuya abundancia no será preciso recordar.

Las consecuencias serán pagadas por muchos y durante largo tiempo, porque, recordemos, el urbanismo es siempre una actividad terriblemente transcendente.